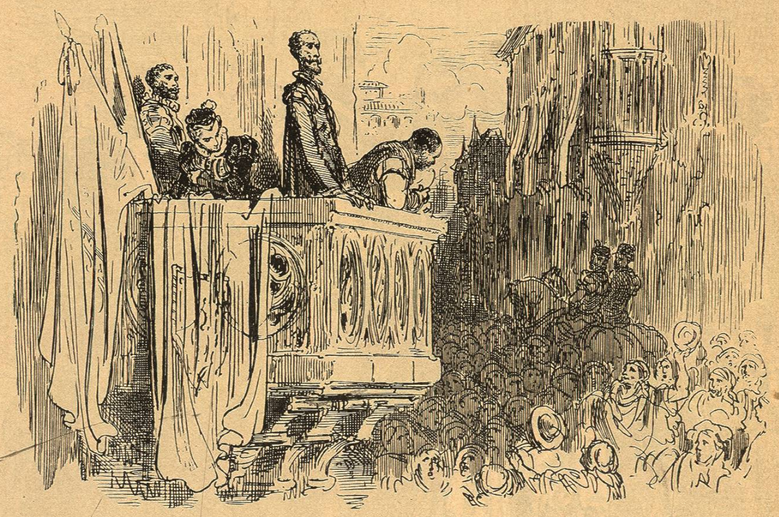
lo que quería preguntar, que por experiencia sé que dice verdad en cuanto responde.

Admirado quedó Don Quijote de la virtud y propiedad de la cabeza, y estuvo por no creer á Don Antonio; pero por ver cuán poco tiempo había para hacer la experiencia, no quiso decirle otra cosa sino que le agradecía el haberle descubierto tan gran secreto. Salieron del aposento, cerró la puerta Don Antonio con llave, y fuéronse á la sala donde los demás caballeros estaban.

En este tiempo les había contado Sancho muchas de las aventuras y sucesos que á su amo habían acontecido. Aquella tarde sacaron á pasear á Don Quijote, no armado, sino de ruá, vestido un balandrán de paño leonado, que pudiera hacer sudar en aquel tiempo al mismo hielo.

Ordenaron con sus criados que entretuviesen á Sancho de modo que no le dejasen salir de casa.

Iba Don Quijote, no sobre Rocinante, sino sobre un gran macho de paso llano, y muy bien aderezado. Pusiéronle el balandrán, y en las espaldas sin que lo viese, le cosieron un pergamino, donde le escribieron con letras grandes: "Este es Don Quijote de la Mancha."



En comenzado el paseo, llevaba el rótulo los ojos de cuantos venían á verle, y como leían: Este es Don Quijote de la Mancha, admirábase Don Quijote de ver que cuantos le miraban le nombraban y conocían; y volviéndose á Don Antonio, que iba á su lado, le dijo:

—Grande es la prerrogativa que encierra en sí la andante caballería, pues hace conocido y famoso al que la profesa, por todos los términos de la tierra; si no, mire vuesa merced, señor Don Antonio, que hasta los muchachos desta ciudad sin nunca haberme visto me conocen.

—Así es, señor Don Quijote, respondió Don Antonio; que así como el fuego no puede estar escondido y encerrado, la virtud no puede dejar de ser conocida, y la que se alcanza por la profesión de las armas, resplandece y campea sobre todas las otras. Aconteció, pues, que yendo Don Quijote con el aplauso que se ha dicho, un castellano que leyó el rótulo de las espaldas, alzó la voz, diciendo:

—Válgate el diablo por Don Quijote de la Mancha; como ¿que hasta aquí has llegado sin haberte muerto los infinitos palos que tienes á cuestas? Tú eres loco, y si lo fueras á solas y dentro de las puertas de tu locura, fuera menos mal; pero tienes propiedad de volver locos y mentecatos á cuantos te tratan y comunican: si no, mírenlo por estos señores que te acompañan. Vuélvete, mentecato, á tu casa, y mira por tu hacienda, por tu mujer y tus hijos, y déjate destas vaciedades, que te carcomen el seso y te desnatan el entendimiento.

—Hermano, dijo Don Antonio, seguid vuestro camino, y no deis consejos á quien no os los pide. El señor Don Quijote de la Mancha es muy cuerdo, y nosotros que le acompañamos no somos necios: la virtud se ha de honrar donde quiera que se hallare, y andad enhoramala, y no os metáis donde no os llaman.

—Pardiez, vuesa merced tiene razón, respondió el castellano, que aconsejar á este buen hombre es dar coces contra el aguijón; pero con todo eso, me da muy gran lástima que el buen ingenio que dicen que tiene en todas las cosas este mentecato, se le desagüe por la canal de su andante caballería; y la enhoramala que vuesa merced dijo sea para mí y para todos mis descendientes, si de hoy más, aunque viviese más años que Matusalén, diere consejo á nadie aunque me lo pida.

Apartóse el consejero, siguió adelante el paseo; pero fué tanta la priesa que los muchachos y toda la gente tenía leyendo el rótulo, que se le hubo de quitar Don Antonio como que le quitaba otra cosa. Llegó la noche, volviéronse á casa, hubo sarao de damas; porque la mujer de Don Antonio, que era una señora principal y alegre, hermosa y discreta, convidó á otras sus amigas á que viniesen á honrar á su huésped, y á gustar de sus nunca vistas locuras.

Vinieron algunas, cenóse espléndidamente, y comenzóse el sarao casi á las diez de la noche. Entre las damas había dos de gusto pícaro y burlonas, y con ser muy honestas eran algo descompuestas por dar lugar que las burlas alegrasen sin enfado. Estas dieron tanta priesa en sacar á danzar á Don Quijote, que le molieron no sólo el cuerpo, pero el ánima.

Era cosa de ver la figura de Don Quijote, largo, tendido, flaco, amarillo, estrecho en el vestido, desairado, y sobre todo, no nada ligero. Requebrábanle como á hurto las damiselas, y él también como á hurto las desdeñaba: pero viéndose apretar de requiebros, alzó la voz, y dijo:

—"Fugite, partes adversae:" dejadme en mi sosiego, pensamientos mal venidos; allá os avenid, señoras, con vuestros deseos; que la que es reina de los míos, la sin par Dulcinea del Toboso, no consiente que ningunos otros que los suyos me avasallen y rindan; y diciendo esto se sentó en mitad de la sala en el suelo, molido y quebrantado de tan bailador ejercicio. Hizo Don Antonio que le llevasen en peso á su lecho, y el primero que asió dél fué Sancho, diciéndole:

—Nora en tal, señor nuestro amo, lo habéis bailado: ¿pensáis que todos los valientes son danzadores, y todos los andantes caballeros bailarines? Digo que si lo pensáis, que estáis engañado: hombre hay que se atreverá á matar á un gigante, antes que hacer una cabriola: si hubiérades de zapatear, yo supliera vuestra falta, que zapateo como un girifalte; pero en lo del danzar no doy puntada.

Con estas y otras razones dió que reir Sancho á los del sarao, y dió con su amo en la cama, arropándole para que sudase la frialdad de su baile. Otro día le pareció á Don Antonio ser bien hacer la experiencia de la cabeza encantada, y con Don Quijote, Sancho y otros dos amigos, con las dos señoras que habían molido á Don Quijote en el baile, que aquella propia noche se habían quedado con la mujer de Don Antonio, se encerró en la estancia donde estaba la cabeza.

Contóles la propiedad que tenía, encargóles el secreto, y díjoles que aquel era el primero día donde se había de probar la virtud de la tal cabeza encantada; y si no eran los dos amigos de Don Antonio, ninguna otra persona sabía el busilis del encanto; y aun si Don Antonio no se le hubiera descubierto primero á sus amigos, tam-

Á Don Quijote le molieron no sólo el cuerpo, pero el ánimo.